

Alfonso XI, el león carnicero: ejemplaridad y reconquista en el *Poema de Alfonso Onceno* y la *Gran Crónica de Alfonso XI*

Erica JANIN

*Seminario de Edición y Crítica Textual
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas*

Resumen: Las íntimas relaciones entre el *Poema de Alfonso Onceno* y la *Gran Crónica de Alfonso XI* no han pasado inadvertidas para los pocos críticos que han dedicado sus esfuerzos al estudio de estas dos obras, y son asimismo evidentes para cualquiera que emprenda la lectura de los dos textos. Dada la cercanía temporal, estilística, temática e ideológica que hay entre ellas, y salvando las diferencias propias de cada género, he decidido abordarlas en un estudio conjunto que buscará indagar los recursos y mecanismos que ambas ponen en juego a la hora de diseñar la figura de Alfonso XI como rey ejemplar en cuanto a su misión de reconquistador.

Palabras claves: *Poema de Alfonso Onceno* – *Gran Crónica de Alfonso XI* – ejemplaridad – reconquista.

Abstract: The similarities between *Poema de Alfonso Onceno* and *Gran Crónica de Alfonso XI* have been noticed by the few critics who have studied both texts and they are also evident to anyone who reads them. Owing to their temporal, stylistic, thematic and ideological closeness, and despite the differences in genre, I have decided to study them as a whole searching for the resources and mechanisms with which both of them design the figure of Alphonsus XI as an exemplary conqueror king.

Key-words: *Poema de Alfonso Onceno* – *Gran Crónica de Alfonso XI* – exemplarity – reconquest.

Bien apunta Jorge Ferro que en las crónicas del período doña María de Molina encarna, durante las minoridades, el prototipo del gobernante ideal, quien se dedica afanosamente al bien común del reino (Ferro 1995). Sin embargo, la empresa de la reconquista exigía otros modelos, exclusivamente masculinos, para desempeñar ese rol; y es así cómo aparecerán el Cid, como

modelo histórico-literario del *Poema de Alfonso Onceno* en el que el joven Alfonso deberá inspirarse, y el infante don Pedro que, como ejemplo viviente de la *Gran Crónica de Alfonso XI*,¹ se comprometerá con esa difícil tarea durante la minoridad de Alfonso, cumpliéndola con tal denuedo que marcará una línea de acción que el monarca retomará cuando asuma de lleno las obligaciones del reino. En el *Poema* el ayo tampoco descuida el aporte de modelos de guerreros tenaces en su afán reconquistador a los que el rey deberá imitar alcanzada la mayoría de edad, y es así cómo aparecerán, entre otros, Fernán González y los reyes godos (estr. 139- 145). El pasado es un reservorio de casos a los que acudir para aprender, y tanto las ‘corónicas’ como los ‘romances muy bien escritos’, es decir, tanto la historia como la literatura puestas por escrito, son, con su claro afán didáctico, maestras de conductas y, en el caso de las crónicas, el canal por medio del cual premiar a ‘aquellos que bien obraron’, garantizándoles la fama y el recuerdo de sus nombres.

Hay un objetivo peculiar que hace a la singularidad de estas crónicas, y es que no se proponían simplemente reflejar la realidad o dar cuenta objetivamente de los hechos históricos exclusivamente, sino que tenían una pretensión mixta, es decir, se escribía la historia para recordar el pasado, para reconstruirlo y estudiarlo, y, al mismo tiempo y sobre todo, para aprender de él. Y es esa especificidad la que nos permite acercarnos a estas obras también como a textos literarios, pues había en ellas una dimensión científica, por llamarla de algún modo, pero también había una dimensión ejemplar. Y es en ese punto donde quedan justificadas las intervenciones del cronista en el registro de los hechos históricos, que ya no puede ser desinteresado. Y en esta misma línea, que autoriza la interpretación trascendente o moralizante de los hechos históricos con fines pedagógicos y celebrativos, se inscribe la *GrC*, que busca exaltar la figura de Alfonso XI para asegurar su fama, justificar su empresa y convertirlo en modelo imitable; operación que es al mismo tiempo didáctica y política.

Así como el nombre y los hechos de Alfonso son puestos por escrito en un poema y en una crónica, se remite también a un personaje ejemplar que ocupó igualmente un lugar preponderante en la historia y la literatura, y que le es propuesto al rey como ejemplo a emular: “Paró mientes el buen rey/ en libros qu’están escritos/ (de) los preceptos de ley/ (de) la santa fe de Cristos.// E vio libros que fablaban/ del (muy) noble Cid Ruy Díaz/ e cómo los reys provavan/ con moros caballerías” (Estr. 284- 285). Ante un problema presente, el pasado, muy de acuerdo con la lógica del *exemplum*, aporta una solución ejemplar sobre la base de la analogía: “Rodrigo Yañez ha convertido al Cid en un auténtico *speculum principis* para la labor reconquistadora de Alfonso XI, pues los libros que sobre él leyó le motivaron a empezar la lucha contra el Islam” (Vaquero 1985, 59). Podemos suponer, siguiendo el mismo razonamiento analógico, que el autor del *Poema* perseguía el mismo estatuto para su propio texto.

La *GrC* también expone un paradigma de conducta, que al mismo tiempo prefigura al mismísimo Alfonso XI y se le propone como modelo a imitar. El infante don Pedro, hijo de María de Molina y tío del rey niño, carga sobre sus hombros la pesada tarea de llevar adelante la misión reconquistadora, tarea que cumple de un modo honorable durante la minoridad; y la

¹ En adelante aparecerán indistintamente con el nombre completo o abreviado: *Poema* y *GrC*. Las citas del *Poema de Alfonso Onceno* corresponden a la edición de Juan Victorio (1991) e irán acompañadas del número de estrofa y letra indicadora de verso. Las citas de la *Gran Crónica de Alfonso XI* corresponden a la edición de Diego Catalán (1976) e irán acompañadas de números de tomo, capítulo y página. En cuanto a esta última se opta por respetar la elección que Diego Catalán hizo en su edición de señalar en bastardilla lo que corresponde a las interpolaciones de la *GrC*.

**Alfonso XI, el león carnívero: ejemplaridad y reconquista
en el Poema de Alfonso Onceno y la Gran Crónica de Alfonso XI**

GrC se encarga de resaltarlo en varias de sus interpolaciones.² Como sucederá luego con Alfonso, en la Crónica ya aparecen enfrentados don Pedro y los principales señores castellanos, como don Juan Manuel y don Juan, que le son tan hostiles como lo serán con Alfonso³. Pero la *GrC* se encarga de sublimar a don Pedro demostrando que los enfrentamientos internos no lo detienen en su lucha contra el moro, y es por estas coincidencias que Pedro, además de servir de *exemplum*, es útil como figura de Alfonso, sólo que el rey consumará la figura sin cometer los errores de su tío (errores escasos, pero existentes).⁴ Los agregados de la *GrC* dan cuenta de cómo Pedro se enfrenta a los mismos problemas a los que se enfrentará Alfonso y los resuelve, de igual modo, con cálculo y astucia, aportando una matriz conductual que asegura el éxito. Mientras otros tutores y nobles generan disturbios y, en vez de colaborar, entorpecen la tarea de la reconquista, don Pedro trabaja para controlarlos y enfrentar a los moros, que son los verdaderos enemigos. En su tarea de tutor encarna dos modelos a imitar: el de rey ideal, en tanto se ocupa de la reconquista mientras sustituye y representa al rey niño –y figura al Alfonso adulto–; y el de caballero ideal, al noble servicio del rey (velando por los intereses del rey y del reino) y no buscando beneficios personales. Es en este sentido que los agregados de la *GrC* tienden a destacar la grandeza guerrera del infante don Pedro, tal como más adelante sucederá con Alfonso. Pero también quedó dicho que Alfonso consumará el modelo con una perfección que falta en Pedro.⁵

² Las intervenciones del infante don Pedro son celebradas en la *GrC* con alabanzas; basten los casos que siguen como ilustración. En el capítulo VII se cuenta cómo el infante interviene en un enfrentamiento interno entre los moros por los lazos de ‘amistad’ que lo unían a uno de los bandos en pugna; después de su valeroso y eficaz desempeño “*entregaron el castillo al ynfante don Pedro el tercer dia que ay lleo. E dende tornose para cordoua el e todas sus conpañias con prez e con honrra*” (I, VII, 290). Más adelante se relata la victoria del infante sobre Ozmín y sus hombres en la Batalla de Alicún (Mayo, 1316) y se hace particular hincapié tanto en que don Pedro venció con valor y nobleza como en que gozaba de la predilección de Dios; y en el cierre del episodio leemos: “*E ansi se torno el ynfante don Pedro e todas sus gentes con gran honrra e con grande prez*” (I, X, 297). Al mes siguiente entra nuevamente en tierra de moros y consigue tomar varios castillos, “*e vinose dende para Cordoua, el e todos los suyos con prez e con honrra*” (I, XI, 298). También al año siguiente corre tierras de los moros en la vega de Granada “*E de ay se torno el ynfante don Pedro e todas sus conpañias a saluo con muy grande honrra e prez, haciendo muy grande servicio a Dios e al rrey don Alonso, su señor y su sobrino, e muy gran daño a los moros; e desta guisa se fue hasta en Cordoua*” (I, XIV, 302). Como vemos, en todos los casos se subraya que el infante sale victorioso, y que sus victorias lo cubre de honra.

³ Esto puede verse en el capítulo VIII (I, 292- 293) y en el XIV (I, 302).

⁴ Como ejemplo ver I, XV, 304- 305). En cuanto al concepto de figura, sigo a Auerbach que dice “la interpretación figural establece entre dos hechos o dos personas una conexión en la que uno de ellos no se reduce a ser él mismo, sino que además equivale al otro, mientras que el otro incluye a uno y lo consume. Los dos polos de la figura están temporalmente separados, pero ambos se sitúan en el tiempo, en calidad de acontecimientos o figuras reales...” (1998, 99); y más adelante: “en tanto que la interpretación figural pone una cosa en lugar de otra, haciendo que una represente y equivalga a la otra, pertenece también a las formas de representación alegóricas en el sentido más amplio. Pero la interpretación figural se distingue claramente de la mayor parte de las formas alegóricas que conocemos, debido al hecho de que en ella nos las tenemos con la historicidad real tanto de la cosa significativa como de la cosa significada” (1998, 100). Y por último: “La profecía figural implica la interpretación de un proceso universal y terrenal por medio de otro; el primer proceso significa el segundo, y éste consume aquél. Ambos continúan siendo sucesos acontecidos en el interior de la historia; pero en esta concepción los dos suponen algo provisional e incompleto, se refieren mutuamente el uno al otro y señalan hacia un futuro inminente que será el acontecimiento pleno, real y definitivo” (Auerbach 1998, 106).

⁵ Ver I, XVIII, 309.

Después del triunfo aplastante que obtuviera Alfonso en la batalla del Salado, y con motivo de la embajada que envía al Papa, el poeta aprovecha para describirlo solapadamente en la narración de los hechos como un “rey de gran altura” (1982 c), pero sumiso a la autoridad eclesiástica, pues se encomienda al Papa (estr. 1899 y 1909), a quien entrega su pendón y su caballo (1894 c, 1895 a y estr. 1908) demostrándole así que está a su servicio: es generoso con la Iglesia, al cederle parte de su botín de guerra (1907); pero, por sobre todas las cosas, se lo presenta como el guardián de la cristiandad frente a la amenaza mora (1902 cd y 1903); y así lo describe Juan Martínez de Leiva, emisario ante el Papa, al asegurar que a los moros “don Alfonso d’ España,/ de la santa fe adalid,/ con muy poca de conpaña/ en el canpo les dio lid” (estr. 1904) y que “muchu lazería toma/ por onrar la cristiandad,/ la santa casa de Roma/ sirve muy de voluntad” (estr. 1910). La alabanza llega a su pináculo cuando de ella se hace cargo el mismísimo Papa entre las estrofas 1918 y 1922.⁶

En ese particular panegírico, el Papa destaca el carácter de defensor de la cristiandad del monarca castellano, quien por el bien de ésta sacrifica su comodidad y bienestar, convirtiéndose en paradigma de cristiano; y para mejor celebrar al rey se echa mano al tópico del sobrepujamiento, que permite que, al compararlo con los reyes del pasado (¡y del futuro!), todos queden a su saga. Sus conquistas, sus éxitos militares y su valiente defensa del cristianismo, le valen también el loor que le hará el narrador haciendo hincapié en los territorios ganados al infiel, en su espíritu conquistador y en el temor que le tienen los pueblos de Oriente (estr. 2007- 2009).

El temor de los moros está mezclado con admiración y obedece a la certidumbre de la superioridad y, al mismo tiempo, a la conciencia de que Alfonso goza de la predilección de Dios. De esto da cuenta la descripción que de él hace el propio rey de Granada (estr. 2336- 2341), luego de que sus tropas hubieran probado la espada del rey castellano en el cerco de Tarifa.⁷ El epitome de esta admiración temerosa del rey granadino se lee en la estrofa 2338: “De león tiene figura/ e coraçón de pecado;/ en planeta de ventura/ puso Dios el su estado”.

A los atributos personales, tales como la valentía y la bravura en batalla, que le valen la comparación con el león, se suman la protección divina y el favor de los astros, que parecen volverlo invulnerable. Y en este punto no hay que perder de vista la remisión al león, porque en ese símil se condensa gran parte de la potencia enaltecedora de Alfonso por parte del narrador; pues este animal, figura del rey, parece simbolizar la ira justa, motor de todos los éxitos alfonsinos.⁸

Con motivo de la queja de los labradores por los abusos perpetrados por los tutores, y con el rey todavía niño, es que aparece por primera vez la figura del león: “E andávase quexando/(del dolor) de coraçón:/ así andava bramando/ como un bravo león” (estr. 104). En este pasaje, que relata el momento en que el rey se decide a intervenir contra las injusticias de los tutores y que marca la entrada en la mayoría de edad, se utiliza el símil del león, que volverá a aparecer cada vez que el rey deba entrar en acción para garantizar el orden interno o, mayormente, para describir su

⁶ Dixo luego el padre santo:/“Roguemos por este rey,/ Nuestro escudo e nuestro manto,/ Braço mayor de la ley// E nuestro defendedor,/ Guarda de la Trinidad:/non saben enperador/ Tan conplido de bondad!// Nin nunca fue nin será/ Tan buen rey entre cristianos/ Que fizo nin que fará/Atanto bien con sus manos// Como este rey tiene fecho:/ Non recela mal ni muerte./ Éste es rey con derecho/ E nuestro castiello fuerte,./ Que nos tiene en su guarda/ Con el su noble poder,/ E pas(s)a vida penada/ Por nos todos defender. (estr. 1918- 1922).

⁷ “Quando me Tarifa m(i)enbra/ cómo fue con (la) mi gente,/ todo el coraçón me t(i)enbla,/ torno tal como doliente” (estr. 2341).

⁸ Mediante otro tipo de lectura, mucho más atenta a las deudas con sus intertextos, Catalán cree que la comparación de los guerreros con animales en el Poema obedece a la imitación del Alexandre (Catalán 1953, 71- 87).

**Alfonso XI, el león carnicero: ejemplaridad y reconquista
en el *Poema de Alfonso Onceno* y la *Gran Crónica de Alfonso XI***

accionar en la frontera. Al margen de las menciones en las profecías de Merlín (estrs. 244- 247 y 1808- 1843), en donde por exigencia del género se recurre a la alegoría animalística, tenemos una segunda ocurrencia en la estrofa 270: “Las sierras e las montañas/ rompió como león fuerte,/ rendiendo malas conpañas/ e faziendo cru(d)a muerte”.

En este caso la mención refiere al modo implacable en que enfrenta el delito y aparece en medio de un fragmento (estrs. 267- 282) que describe sintéticamente la labor de Alfonso y la puesta en orden del reino: aplica una ley muy dura contra los que roban y corren las tierras empezando por los ‘mayores’ (para que los ‘menores’ aprendan en cabeza ajena), desbarata grupos de bandoleros aplicándoles la pena capital, hace poblar las villas, inicia obras en los castillos de la frontera, renueva los caminos y garantiza la seguridad en ellos, etc.⁹

Pero, como quedó dicho, la figura del león servirá para referir más que nada la labor reconquistadora de Alfonso. Podemos ver esta referencia ya en la vigilia de la batalla del Salado: “En la su tienda yazía/ non cob(d)iciando tesoros,/ mas deseando el día/ que se vies(s)e con los moros./ En la su cama yaciendo/ con saña del corazón,/ yazíase revolviendo/ como un bravo león” (estrs. 1498- 1499). La sola perspectiva de la batalla alcanza para inflamar el corazón de Alfonso y transformarse en una idea fija que, incluso, le hace olvidar el rédito material de la victoria.¹⁰ Y cuando ya toma su lugar en la batalla del Salado, consigue inclinar la suerte a su favor, pues los cristianos, que estaban en inferioridad de condiciones y en actitud de huida, se envalentonan al verlo entrar en acción: “E con gran saña de muerte/ forçolo el corazón,/ e dio un bramido fuerte/ como un bravo león./ Fizo los moros arqueros/ con muy gran miedo tenblar/ e fizo sus caballeros/ a la batalla tornar” (estrs. 1677- 1678).

Ciñéndose en este caso a los tópicos de la poesía épica, el poeta relata que la aparición del héroe en el campo de batalla alcanza para amedrentar a los enemigos y para insuflar valor en el corazón de los amigos.¹¹ Y cabe aquí referir a Cecil Bowra, quien en su estudio sobre los héroes épicos (1961) nos da una pauta de lectura:

Los héroes más grandes son, primordialmente, hombres de guerra. Pero, aun en batalla, lo que realmente importa es la fuerza heroica, el espíritu decidido que inspira a un hombre a tomar riesgos prodigiosos y le permite superarlos con éxito, o por lo menos fracasar con distinción gloriosa. Su conducción y vigor peculiares explican por qué a menudo los héroes son comparados con animales salvajes... (Bowra 1961, 5).

Y más adelante agregará, no sólo que “la vitalidad de los héroes agudiza su deseo de batalla, y se transforma en un frenesí y una furia sobrehumanos” (6), sino que “el poder que los héroes despliegan en acción se puede sentir en su sola presencia” (6), pues “cuando ellos aparecen, los

⁹ Y también “Quando el rey esto oyó,/ ayuntó la su compañía:/ por las tierras se salió/ como el león con saña” (estr. 298).

¹⁰ Recordemos que el primero en ser comparado con un león es el infante Pedro, su tutor y prefigura, en la batalla en la que encontrará valerosamente la muerte: “El infante, buen varón,/ que siempre fue bien fardido,/ forçolo el corazón/ e dio un fuerte bramido./ Casti(e)lla e León llamava/ como un bravo león,/ al su alférez mandav(a)/ que fues(s)e con el pendón...” (estrs. 31- 32). Y el infante Abomelique, hijo de Albohacé, por su valiente intervención será también comparado tres veces con un león antes de morir en batalla (estrs. 778 y 792) y en el planto de su padre (estr. 908).

¹¹ Su actitud previa a la entrada en batalla es la misma “Al Salado fue llegando/ este rey, noble varón,/ a los moros oteando/ como un bravo león” (estr. 1556).

otros hombres los reconocen como superiores” (6). Y éste es claramente el rol de Alfonso en los enfrentamientos bélicos: con su sola aparición hace que sus hombres se sientan seguros y que los enemigos tiemblen. Sigamos corroborándolo en otros pasajes: “Paresce león con ravia/ que (vi)ene (muy) carnicero:/ nunca Canay de Aravia/ fue más bravo caballero, // nin así Gomaraçán,/ natural de Tremecén./ ¡Ya deste rey hablarán/ su nobleça e su bien!” (estr. 1703- 1704).

De este fragmento es importante destacar varias cuestiones. A la rabia, sinónimo seguramente de furia bélica o, por qué no, de furor épico, se suma la calificación de ‘carnicero’ que atañe a su modo encarnizado de combatir y probablemente a la cantidad de moros que habrán probado la espada regia en carne propia; sin embargo, muy sabiamente el poeta adhiere este calificativo al nombre ‘león’ cuando da cuenta del comportamiento de Alfonso en la frontera, pero nunca para referirse a su modo de manejarse en el interior del reino. Recordemos asimismo que el fragmento está inserto en el parlamento que un vasallo musulmán dirige al rey moro de Granada para disuadirlo de que huya sin enfrentar a Alfonso, reflejando en el uso de esta palabra otra vez el terror de los enemigos. Luego se vuelve a utilizar el recurso del sobrepujamiento al comparar a Alfonso con notables caballeros que quedan disminuidos en la comparación. Y no es un detalle menor la comparación anticipada que este mismo vasallo hace entre los dos reyes antes de que puedan medirse en el campo de batalla y que funciona casi como una profecía: “Si de aquí salierdes vivo,/ el (día) de oy nascistes:/ noble rey (vos) ha vencido/ e ya vós otros ven(cist)es” (estr. 1701).

Al margen de hacer constar que salir vivo de un enfrentamiento con Alfonso es un hecho milagroso, se apela al tópico, muy usado en la tradición de las novelas de caballerías (tanto que, por manido, será parodiado unos siglos después en el *Quijote*), de traspasar las victorias, y la fama que eso implica, del vencido al vencedor, ya que la lógica de la caballeresca indicaba que si un caballero vencía a otro que a su vez había derrotado a otros tantos, esas victorias le pertenecían simbólicamente, lo que hacía crecer su fama y lo volvía digno de aspirar a que sus hazañas se registraran por escrito (“¡Ya deste rey hablarán/ su nobleça e su bien!”)¹². Y advertimos el uso del mismo símil también en otras ocasiones: “Cada unos bien lidiaban/ que sienpre será fazaña,/ e la mejoría davan/ al muy noble rey d’ España, // (qu)’ en los pueblos del Levante/ fería como león” (estr. 1752 y 1753 ab) y “El pendón adelantaron/ por cima de la montaña,/ e muy acerca fallaron/ el muy noble rey d’ España, // que iva sin fallamiento/ los puertos atraves(s)ando/ como un león fanbriento/ en los moros derribando” (estr. 1768- 1769).

En ambos casos se destaca, por medio de la mención del león, el denodado modo de combatir de Alfonso, y en el segundo caso se utiliza como calificativo el adjetivo ‘fanbriento’, que busca destacar el carácter de necesidad de su acción, al tiempo que indica el grado y el modo de su intervención. Nótese que también se lo menciona, en las dos oportunidades, como ‘el muy noble rey d’ España’, resaltando todavía más el carácter encomiástico que evidentemente tiene la referencia al león.¹³

¹² En la estrofa 1711 también se recurre a la comparación con el oso para expresar su bravura “Las sierras atrave(s)ava,/ bramando iva como oso” (versos ab).

¹³ Por otra parte, el fracaso del rey de Granada se anticipa en la estrofa 1691, en la que recibe el mote de ‘toro’ (“Aquesto vio el rey moro,/ ¡más quesiera la su fin!/, e dio bozes como toro/ llamando ¡Benamarín!”). Así como el león tiene en la literatura ficcional de la Edad Media preeminencia sobre el resto de los mamíferos carnívoros, y por eso representa al rey de estos; del mismo modo, el toro ocupa el lugar más elevado entre los mamíferos herbívoros y tiene la potestad de regirlos. Pero, así como en un enfrentamiento colectivo los carnívoros están en ventaja respecto de los herbívoros, del mismo modo, un combate singular entre el león y el toro le depara una fuerte derrota a este último.

**Alfonso XI, el león carnívero: ejemplaridad y reconquista
en el Poema de Alfonso Onceno y la Gran Crónica de Alfonso XI**

Con menor despliegue de símiles y tópicos literarios, porque el formato genérico pone algunos límites al respecto, el interpolador de la GrC se las arreglará, sin embargo, para sobredimensionar el rol de Alfonso en la lucha contra los ejércitos musulmanes; pero también aportará ejemplos provenientes de la historia benimerín. Así se abre la historia de Albohacen:

Del rrey Abdalface vienen los rreys de Benamarin. E este rrey Abdalface fue el primero de los Marines, e fue buen rrey en su ley e muy esforçado e dio çima a grandes fechos, e llamaronle los moros esmeril de los rreys, que quiere dezir espejo de los rreys; e avn, segund dize la Grande Ystoria de Africa, fue llamado rrey santo, e esto fue por que en su vida nunca fue vencido el nin los suyos. E sus hijos fueron el rrey Aboyuçafe e el rrey Aboxafia. E el rrey Aboyuçafe eredo después de la muerte del padre el reyno, e fue buen rrey en su ley, y passo la mar quatro vegadas, e conquirio a Calatraua la Vieja e levo gran rrobo de tierra de christianos; e este rrey fue el que mató a don Nuño de Lara çerca de Eçija. E desdeque murió, eredo su hermano Aboxafia el reyno, e fue buen rrey. E bien anssi fueron todos los otros rreyes muy buenos que descendieron deste linaje; e ganaron las tierras viniendo bien desde çima de Oriente fasta los mares del Estrecho e metieron so su señorio a Marruecos que era imperio, e conquirieron el Poniente e el Algarbe e los reynos que agora son llamados Benamarin, e por esto les mudaron los nombres a estos rreynos que avemos dicho porque fueron conquistados de los marines (II, CCXIV, 201).

El rey que inicia el linaje Benimerín, por su carácter de esforzado y emprendedor, es elevado a la categoría de ‘Espejo de reyes’, es decir, un lugar donde podían mirarse los otros reyes para medirse y un modelo a copiar por otros monarcas, entre otras cosas por que no se le registró derrota alguna. Según reza el pasaje citado, su primogénito, conquistando territorios cristianos, siguió la misma línea de acción, igual que los demás descendientes del primer Benimerín, pues la marca del linaje parecía ser la inclinación a la conquista y los éxitos militares. Aunque, no obstante el deseo de aportar un modelo de monarca encarnado en este linaje, no será menor el hecho de que le esté reservada a Alfonso la victoria sobre esta poderosa y exitosa estirpe, pues la grandeza del enemigo vencido habla también de la propia, convirtiéndose así Alfonso en un espejo de reyes.

Cuando la historia retome el cauce de los enfrentamientos entre cristianos y moros, el inicio del cerco de Tarifa estará signado por una situación de desventaja para el monarca castellano respecto de Alboacen, a quien se le aconseja que

Desdeque Xerez fuesse ganado, que fuesen asentar sus tiendas sobre Seuilla, donde estaua el rrey don Alonso; lo qual bien pensauan que non ossaria esperalle ay, y que si por ventura ay esperase, que lo ternia çercado allí fasta que lo tomase; como quiera que bien sabían que el rrey don Alonso era de gran coraçon e muy sin miedo, e por esto, que bien creyan que non auria por cosa por que el estiuiere çercado en Seuilla nin en otro lugar, e que bien creyan, que desdeque anssi se viesse de tal guisa perdido, con esos pocos caualleros que tuviessse que no dexaria de venir a dar batalla, ca el era ome de grande esfuerço e que mas quería morir peleando que no morir perdido e desheredado... (II, CCLXXXVIII, 332).

Nuevamente es en boca de los enemigos que se destaca el altísimo valor de Alfonso como guerrero y caudillo, lo cual le da un cariz de objetividad que elimina cualquier duda posible en cuanto a la veracidad del testimonio. Los términos ‘gran coraçon’, ‘muy sin miedo’, ‘grande esfuerço’, sumados a la referencia de que la falta de hombres e inferioridad de condiciones no es motivo para amedrentar al valeroso Alfonso, son una manera más racional de expresar su temple

corajudo que la analogía que en el *Poema* se establecía con el león, pero refiere lo mismo. Sin embargo, y al igual que en el *Poema*, su bravura se encauza hacia la lucha contra el moro, lo que puede verse en la acotación del interpolador en el capítulo CCLXXX. Allí se relata cómo innmercidamente y por culpa de los mezcladores el Almirante Tenorio, a cargo de la flota castellana que en el estrecho buscaba detener a la flota africana, cae en sospecha de estafa frente al rey, y es alertado por medio de una misiva. Y nos dice el interpolador:

E quien esta carta enbio dixo su voluntad, que el coraçon del rrey don Alonso non era tornado a todas las cosas nin creya de ligero saluo lo que viesse por cierto; e otrossi el rey amaua al almirante de leal amor por muchos seruïos e buenos que le auie fechos, segund buen vasallo deue fazer a señor; e por esto el rrey non podia creer contra el ninguna cosa de mal, nin contra otro ninguno que le non hiziesse sinrazon. E como quier que lo non conocían dezian por el rrey que era bravo; e por cierto sepan todos los que este libro oyeren que en el mundo nunca fue señor mas sufrido e de mayor piedad ni mas mesurado contra el vençido (II, CCLXXX, 314).

El interpolador despeja dudas en cuanto al temperamento de Alfonso y nos habla de un rey piadoso y mesurado con los suyos, aun cuando puedan haber entrado en conflicto con él. Pero no conforme con eso, aprovecha para moralizar en varios sentidos, ya que deja sentado que un buen vasallo debe servir lealmente a su señor y que todo buen señor, al igual que Alfonso, que es un espejo, debe ser lo suficientemente prudente como para no guiarse por habladurías.

Pero tal vez el ejemplo más acabado de su grandeza reconquistadora se dé en el pasaje en que se narra uno de los momentos más crítico por los que pasa el rey durante el cerco de Tarifa, pues Alboacen sin respetar la tregua pactada con Alfonso está atacando la villa de Tarifa, y esto obliga a Alfonso, otra vez en inferioridad de condiciones, a pedir consejo a los suyos:

E quando el rey oyo aquella rrazon que dezian aquellos que le aconsejauan quel dexale la batalla e que pleitease con Tariffa e la diese al rrey Alboaçen, ouo muy gran pesar e sobejo, pero como buen rrey e sabio encubrio su coraçon lo mejor que pudo, e dixo que por cosa del mundo que le non fablasen en que el perdiese a Tariffa, la que el rrey don Sancho su aguelo auie ganado con grande afán del su cuerpo. E que el que auia allí consigo, graçias a Dios, muchos buenos, con los quales tenie el que darie batalla, con la ayuda de Dios, al rrey Alboaçen e a quantos moros creyan en Mohamad; ca bien sabien ellos que non se vençien las grandes batallas con grandes conpañas, mas por pocas e buenas e leales e de buenos coraçones, e que amasen su rrey e que le ayudasen con puros e abyvados coraçones, poniendo en Dios su esperança por ser los vençedores, e perder el duelo del mundo e olvidar el dolor de las carnes por hazer a Dios servicio e ganar el prez deste mundo e la gloria del otro que dura por siempre. E otro si dixo el buen rrey que el que lo amase e quisiesse su seruïo e su honrra, que no le fablase en perder a Tariffa; e que mas querie el perder la cabeça con la corona de España, que hacer cosa que le fuese verguença en la vida, e después de su muerte ser deshecho de los otros rreyes que lo supiesen; e que si algun lugar auie perdido, en tal caso que se tenie por amanzillado, como quiera que no fuese por su culpa (II, CCXCVI, 351- 352).

Se concentran en este pasaje varias de las virtudes y actitudes prototípicas del rey ideal, en este caso hechas carne en Alfonso: muestra prudencia al encubrir su enojo y moderar sus reacciones ante un consejo que considera perjudicial y deshonesto; asume valerosamente la misión de no

**Alfonso XI, el león carnicero: ejemplaridad y reconquista
en el Poema de Alfonso Onceno y la Gran Crónica de Alfonso XI**

perder territorios ni echar por la borda los esfuerzos de los reyes del pasado, en tanto es parte de una tradición reconquistadora en la que se juega el honor de los reyes del pasado y de los que vendrán; confía en sus hombres y los arenga con la finalidad de convencerlos de que a pesar de ser menos no están en inferiores condiciones, en tanto la calidad de sus hombres mengua la desventaja cuantitativa; exhibe una alta valoración de la honra depositada en las conquistas realizadas y en el afán de las nuevas, y le da a la lucha una dimensión trascendente que recupera el espíritu de cruzada, mostrando confianza en Dios y una sólida esperanza, como rey cristiano, e invitando a sus hombres a asumir su mismo compromiso de lucha: sacrificar sus vidas y a renunciar a los bienes de este mundo para ganar fama terrena y gloria eterna.

La última interpolación de importancia de la *GrC* está destinada a reproducir el agradecimiento de Alfonso a la Virgen de Guadalupe por la victoria que le concedió operando de intermediaria a su favor, pero la anteúltima, situada en el relato de la embajada que don Alfonso encomendara a Juan Martínez de Leiva ante el Papa, está a cargo del narrador/interpolador y gira alrededor de Alfonso

E el Padre Sancto otorgo al rrey de Castilla mas gracias de las que antes le auia otorgado para aquella guerra que auia con los moros. *E el mensagero del rrey de Castilla despediose del Padre Sancto e tornose para su señor el rrey que lo auia enviado. Mucho bien puso Dios en tal rrey como este fue, e grand honrra e vitoria ouo por el la christiandad, e mucho se alargó la su vida e honrra. E de tal rrey como este deuian tomar exenplo e castigo todos los rreyes e altos omes* (II, CCCXXXIV, 447).

Este cierre moralizante y didáctico, que nos explica cómo leer esta crónica, acusa el carácter ejemplar con el que se diseña al monarca castellano y al que tienden las interpolaciones: Alfonso, llevando adelante su misión reconquistadora, protege a la cristiandad toda y la cubre de honra, por eso “de tal rrey como este deuian tomar exenplo e castigo todos los rreyes e altos omes”. No obstante, el trabajo de exaltación más importante que propone la *GrC* radica en la construcción de la figura legendaria de Alfonso, estableciéndose así un cruce entre la condición ejemplar y estatus legendario del rey castellano.

Bibliografía

- Auerbach, Erich, 1998. *Figura*. Madrid: Trotta.
- Bowra, Cecil, 1961. “El héroe”, en su *Heroic Poetry*. Londres, 91- 131 [traducción de la cátedra de Literatura Europea Medieval (UBA) a cargo de Gloria Chicote y Silvia Delpy, pp. 1- 24]
- Catalán, Diego, ed., 1977. *Gran Crónica de Alfonso XI*. Madrid: Gredos
- Ferro, Jorge, 1995. “Las virtudes del gobernante en las cuatro crónicas que preceden a la obra del canciller Ayala”, *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, I: 49-61.
- Vaquero, Mercedes, 1985. “Contexto literario de las crónicas rimadas medievales”, *Dispositio*, X-27: 45- 63.
- Vitorio, Juan, ed., 1991. *Poema de Alfonso Onceno*. Madrid: Cátedra.